

1.
Santiago, Noviembre 16 de 1935.

Señor don
Fernando Jiménez.
Presente.-

Querido Fernando:

Me perdonarás que no te envíe el artículo que te había prometido para el próximo número de Rec; habría versado sobre una materia muy personal y muy pasada de moda. Prefiero ocupar el tiempo en conversar de ciertos temas que me parecen de más interés.

Tú eres un viejo amigo mío, compañero a veces de disquisiciones y confidencias, y en todo caso sutil comprendedor de mis ideas. Hemos comentado en muchas ocasiones esas cosas que se dicen en voz baja, con el cigarrillo humeando entre los dedos y la sinceridad en el corazón; pero que jamás se vacían -para no herir susceptibilidades, para no despertar malas interpretaciones- en la vidriera de un papel.

Por eso, por las ideas que compartimos y por lo mucho que nos entendemos, te voy a hablar de cosas que nos atañen, a ti, a mí, y a muchos de los de nuestra generación.

Hoy pasa la Anec por la era de los Catones. Han salido Catones de todos los tipos: rubios y morenos, gordos y flacos, hábiles e ineptos. Todos ellos concuerdan, sin embargo, en dirigir acres censuras a los que tuvimos la desgracia de destacarnos un poco entre los de nuestra generación.

¿Recuerdas? El año 32 llegamos a la Anec. Nuestro Círculo de Sexto Año fué un círculo brillante. La Vieja Guardia, que entonces dirigía la Anec, creyó ver entre sus componentes futuros luchadores de temple y corazón.

La vida no lo quiso. La mayor parte de los nuestros se sintió cohibida ante el prestigio, las aptitudes y la solidez de la Vieja Guardia. Los ambiciosos emigraron de la Anec porque se dieron cuenta de que jamás llegarían a ser un Leighton, un Frei o un Garretón. La gran mayoría se alejó porque se sintió de más (no olvidemos que jamás fué condición de la Vieja Guardia alentar a los jóvenes).

Sólo unos cuantos proseguimos laborando. No nos importó no ser lumbreras. No nos interesaba dirigir. Teníamos celo por la Causa, y eso bastaba.

Fué así como nuestra pobre generación, que se anunciara brillante, se tornó oscura. Ralearon nuestras filas y llegamos a constituir un regimiento escálido, donde había hombres capaces de ser buenos cabos y sargentos, pero que carecía de generales.

Hoy, después de cuatro años de labor, cosechamos nuestro amargo fruto. Los Catones nos atacan. Los Catones nos llaman incapaces. Los Catones nos llaman ambiciosos.

Existe un ambiente impregnado de censuras y acritud.

Tú sabes, Fernando, que mis actividades estudiantiles me han dejado en los labios un casi imperceptible sabor de hiel. Y yo sé que son muchos los que han experimentado esa misma sensación de desengaño. Y ambos sabemos que de nuestra pobre generación, mutilada y opaca, ya no van quedando sino unas pocas cabezas que todavía rehusan declararse en derrota.

Yo lloro a mi generación. Yo sé que pudo ser mucho y que la incomprensión la mató. Y lamento que unos cuantos Catoncillos de arrabal enloden a los pocos que tuvimos el coraje de seguir adelante.

Nos llaman "figurones"... Sí; a ti, a mí, y a los nuestros, nos dan ese nombre. ¿Por qué? Porque llegamos a ocupar situaciones que no merecíamos.

¿Tenemos, por ventura, la culpa de ello? ¿Somos nosotros los responsables de haber tenido la desgracia de formar parte de una generación estéril? Nunca buscamos esas situaciones; Llegamos a ellas porque no había otros.

Si hubiéramos pertenecido a la época de Garretón, de Leighton, de Palma, de Sánchez, no habríamos salido del anonimato, y no nos habrían llamado "figurones". No tuvimos esa suerte, y nadie nos puede culpar.

Unos cuantos muchachos de nuestros años y algunos nenes sin experiencia se han erigido en jueces nuestros.

Atacan a diestra y a siniestra, y aún llegan a criticar con desembozada injusticia el período Sánchez, que recién termina y que, a mi modesto juicio, ha sido uno de los más brillantes que ha vivido la Anec.

A los primeros -a los que pertenecen a nuestra generación- yo les reprocharía que, después de haber reuido las luchas y las actuaciones, ataquen a los pocos que actuaron y lucharon.

A los otros -a la cohorte de nenes inexpertos- les diría tan sólo que no fuesen majaderos... También nosotros hemos tenido en otros tiempos ideas semejantes a las que ellos propician ahora; pero, menos audaces y, sobretodo, menos convencidos de nuestra propia autoridad, nos quedamos con la satisfacción de no haberlas manifestado.

Yo no encuentro criticable el hecho de censurar. Yo también he censurado: he dicho públicamente que nuestros predecesores constituyeron una camarilla. Pero jamás me he erigido en árbitro de situaciones que no conozco. A los mismos que he atacado por algunos de sus aspectos, les he reconocido hidalgamente su pureza de intenciones y sus extraordinarias cualidades.

Sólo unos cuantos se han librado de dictérios y condenaciones. Entre ellos se cuenta Raúl Oliva, nuestro nuevo Presidente.

Debemos alegrarnos de que él se haya salvado del naufragio común. Debemos alegrarnos de que haya alguien que pueda reivindicar la memoria de nuestros hombres, nuestro Círculo de Sexto Año y nuestra raquítica generación.

Junto con él, han librado dos o tres más: los que se mantienen unidos en torno al estrecho Grupo a que aquél también pertenece. Los demás, los elementos que dispersos aportamos nuestra modesta labor a la gran fragua que es la Anec, ya no contamos para nada.

No sé por qué te he escrito estas líneas casi incoherentes.

Temo no haber reflejado exactamente mis pensamientos. Temó haber tomado demasiado en serio a los Catones. Temó también haber hablado con excesiva dureza, porque mi pluma jamás ha sabido forrarse de sedas y algodones.

Quiera Dios que los censores de hoy en día contribuyan en el porvenir a edificar la grandeza de la Anec. Es posible, pero es difícil. No olvidemos que si el gran Catón de Roma fué útil a su patria, ello se debió a que combatía la desmoralización y fué un constante impugnador de malas costumbres.

Pero ésa era Roma...

La Anec no lo es, y no necesita que le señalen corrupciones, porque no las tiene.

Y no olvidemos tampoco que la grandeza de los Estados la hacen los Césares y no los Catones; los que trabajan y se esfuerzan, y dan el alma en cada momento, y no los que se quedan al borde de la palestra mirando como luchan los caballeros.

Tal vez algún día, cuando vengan otros años y otros hombres, los censores de ahora se convertirán en censurados. Y pensarán, como tú y como yo, que son víctimas de las circunstancias.

Entonces, Fernando, les tenderemos nuestras manos.

Te saluda tu afmo. amigo